

LAS MEDALLAS DE VERNON

Ignacio FERNÁNDEZ DE BOBADILLA



...It becomes clear that the british failure at Carthagená was of a magnitude exceeding the failure of the spanish Armada in 1588, and it figures as largely in british history as the Armada figures in spanish history: hardly at all.

(Charles H. Wallace).

...if one was trying to envisage the perfect military hero, Don Blas de Lezo would be a prime candidate...

(Glenn David Short).



N abril de 1731, frente a las costas de Florida, un guardacostas español de nombre *La Isabela*, patroneado por un tal Juan León Fandiño, detuvo al contrabandista inglés *Rebecca*. Hay diversas versiones del suceso, pero parece que el patrón del *Rebecca*, de nombre Robert Jenkins, se insolentó con el del guardacostas que, ni corto ni perezoso, le cercenó una oreja, diciéndole: «Ve y dile a tu rey que lo mismo le haré a él si a lo mismo se atreviere». El incidente no tuvo ninguna repercusión ni consecuencia inmediata alguna, y el inglés se quedó «desorejado». No hay constancia de ninguna protesta por vía diplomática. La chulería del español, de ser cierta, no tenía más importancia que una fanfarronada de taberna portuaria. Pero detrás de este trivial asunto había mar de fondo.

Desde los albores del descubrimiento, la Casa de Contratación de Sevilla tenía el monopolio del comercio con las Indias. Todas las mercancías que salían para ellas o que de ellas provenían tenían que pasar forzosamente por Sevilla.

Cuando el hallazgo de ricos yacimientos de plata en Perú y México convirtió a los galeones españoles en presa apetecible de enemigos en tiempo de



Almirante Edward Vernon.
(Retrato de Thomas Gainsborough).

guerra y de piratas y filibusteros en periodos de paz, se recurrió al eficaz método de agrupar los galeones en «conserva». Los buques navegaban reunidos y protegidos por navíos de guerra.

La medida dio magníficos resultados y a lo largo de todo el tiempo que duró nuestro imperio sólo en muy raras ocasiones cayó en manos enemigas algún galeón aislado. El único enemigo de nuestras flotas de Indias eran los terribles —y entonces difícilmente predecibles— huracanes del Caribe. Pero las engorrosas preparaciones y la burocracia, necesarias para la formación y coordinación de estas agrupaciones, hicieron que en la práctica su frecuencia fuera mucho menor de la deseada y conveniente.

Cada año se organizaban dos escuadras: la Flota de la Nueva España y la Flota de Tierra Firme. La primera tenía como destino final Veracruz, y la segunda Nombre de Dios, en el Darién, que luego se substituyó por Portobello, por el clima y su ubicación, cerca de Panamá, a donde arribaba desde El Callao la Flota del Mar del Sur con los cargamentos procedentes del virreinato del Perú.

Al llegar al Caribe se iban separando de la «conserva» los navíos con destino a Puerto Rico, Santo Domingo o Cuba, en un caso, o a Venezuela y Nueva Granada en el otro. Tras reparar los barcos, vender el cargamento, adquirir mercancías para la metrópoli y cargar las rentas de la corona, en julio o agosto, durante la estación propicia, se organizaba el tornaviaje. Las dos flotas se concentraban en La Habana y regresaban a España por los estrechos de la Florida.

La escasez de buques de guerra para dar escolta, consecuencia del abandono de una sana política naval por parte de los últimos monarcas de la Casa de Austria, ocasionó que estas flotas se fueran espaciando en el tiempo. Y así, entre 1706 y 1739 sólo salieron de Sevilla trece flotas con destino a Veracruz y siete para Portobello.

Esto, unido a una política de restricciones a la salida de productos de España para evitar la escalada de precios en el mercado interior, hizo que el suministro de manufacturas de la metrópoli, imprescindibles para los florecientes asentamientos del Nuevo Mundo, se convirtiera en un lucrativo y saneado negocio para contrabandistas, que satisfacían con sus ilegales aportaciones las necesidades de los colonos criollos. Cuenta el historiador venezolano Herrera Luque que cuando arribaban a La Guaira o Puerto Cabello los navíos contrabandistas, el capitán general de Caracas no tenía más remedio que hacer la vista gorda. Eso si era honesto y no participaba él mismo en los pingües beneficios de aquel tráfico, ilegal pero absolutamente necesario.

No otra finalidad tuvo el asentamiento de los holandeses en unas desoladas e improductivas islas, Curaçao, Aruba y Bonaire, frente las costas de Venezuela, desde las que proveían las necesidades de los territorios españoles, como hacían los ingleses a través de Jamaica o los franceses desde Guadalupe y Martinica. De esta forma, el deficiente comercio legal con nuestros territorios de ultramar se complementaba con las aportaciones de los contrabandistas, fomentadas por pura necesidad por los mismos colonos españoles asentados en aquellas tierras.

La opinión pública británica, sus gremios de comerciantes, y su gobierno, empujado por aquéllos, nunca aceptaron las restricciones impuestas por España y clamaban por una libertad de comercio para dar salida a sus manufacturas en los prósperos asentamientos españoles. El contrabando era productivo, pero implicaba riesgos y frecuentes apresamientos, que elevaban los precios y recortaban las ganancias.

Aparte de este contrabando, el Caribe era un hervidero de piratas y filibusteros de todas las nacionalidades, que distorsionaban el tráfico comercial de la zona. Las víctimas eran buques de cualquier bandera.

Por otra parte estaba el tráfico de mano de obra africana necesaria para el desarrollo de los nuevos territorios. España, respetando las cláusulas del Tratado de Tordesillas, no había buscado una expansión en África y por ende no dominaba en origen este repugnante, aunque en la época aceptado, tráfico de seres humanos. Hasta la separación de Portugal, fueron los lusos los suministradores de esclavos para nuestros territorios y más tarde los franceses detentaron el monopolio durante varias décadas.

Por el Tratado de Utrecht Francia renunció a este monopolio a favor de la corona británica, que lo traspasó a la South Sea Company. Las cláusulas pactadas otorgaban a esta compañía el llamado «asiento de negros» por un periodo de 30 años, a razón de 4.800 individuos por año. Además, se concedía a esta sociedad el derecho a traficar con el llamado «navío de permiso» en los puertos españoles de las Indias, durante las ferias que se organizaban a la llegada de las flotas de la Nueva España y de Tierra Firme. El permiso se concedía para un buque anual con capacidad de carga de 500 toneladas, que más tarde se ampliaron hasta 1.000, o dos buques de 500 cada uno.



Anverso: perfil del almirante Vernon con la leyenda *Admiral Vernon Took Porto Bello*. Reverso: seis navíos ante la rada de Portobello, en cuyo interior se ve el pequeño guardacostas. La leyenda dice: *With Six Ships Only * Nov 22 1739*. (Lo que no dice es que la guarnición era de 35 hombres, que ni siquiera sabían que hubiese estallado la guerra, y que el único guardacostas presente montaba tan sólo 20 cañones de pequeño calibre).

Esto no era más que una tapadera, pues al amparo del «permiso» las 500 toneladas no se terminaban nunca. Irónicamente se le llamaba *La nave de las Danaides*, porque, al contrario que el mítico «tonel sin fondo» de las hijas de Danao, que nunca se acababa de llenar, el «navío de permiso» nunca se vaciaba. Para contrarrestar esta situación, España organizó un servicio de guardacostas, financiado y tripulado por cuenta de los gremios de comercio locales, que se reveló de una eficacia sorprendente y provocó auténticos alborotos callejeros en Londres cuando los apresamientos se hacían más frecuentes de lo económicamente soportable.

Aunque Inglaterra nunca lo aceptó, España se había reservado el «derecho de visita», por el que los guardacostas podían registrar cualquier buque sospechoso e incautar buque y carga cuando resultaban ilegales. Si bien en la mayoría de los casos el apresamiento estaba justificado, hay que reconocer que en otros muchos los patrones de los guardacostas actuaron con auténtica rapacidad y a veces por puro capricho.

La influyente publicación mensual *London Magazine*, además de las actas del Parlamento, bodas, nacimientos, defunciones, ascensos y nombramientos, reseñaba todos los meses los apresamientos en el Caribe, especificando el nombre del apresado, puerto a que había sido conducido y valor de la carga. Instigada por esta y otras publicaciones, la hostilidad hacia España iba *in crescendo* en los medios comerciales y gubernamentales británicos, y en el Parlamento se exigía abiertamente la declaración de guerra al grito de «¡Libertad

de comercio en los mares de las Indias o guerra!». Las relaciones entre los dos Gobiernos se iban haciendo más y más tirantes. En Inglaterra había partidarios de ir a la guerra a ultranza y quienes propugnaban llegar a un acuerdo pacífico que ofreciese alguna ventaja adicional para su comercio y otorgase una compensación económica por las capturas ilegales hechas por los guardacostas.

Los ingleses, a su vez, apresaban con cualquier excusa buques españoles. En un determinado periodo, cuya duración no he logrado aclarar, los británicos reconocen haber perdido a manos de nuestros guardacostas 331 buques, y habernos apresado 231; los españoles daban para el mismo periodo la cifra de 186 y 126 barcos. La discrepancia es grande y probablemente ambas cifras estén falseadas, pero sea cual sea el periodo a que se refieren, estamos hablando de un número importante de buques y cargamentos.

En enero de 1739 se firma el Tratado de El Pardo por el que España reconoce una deuda de 95.000 libras esterlinas por los daños causados, pero reclama a su vez 68.000 libras de impuestos a la South Sea Company, lo que reducía la deuda a 27.000 libras, que ambos gobiernos aceptan. Pero la compañía británica no reconoce ninguna deuda fiscal y tampoco la opinión pública, azuzada por la prensa, acepta lo pactado.

Entre protestas de no agresividad y excusas de que son medidas tendentes a acallar a la oposición, el duque de Newcastle despacha una flota para Jamaica; a su frente va el almirante Sir Edward Vernon. España objetó que esto la



Anverso: Vernon, sable en mano, recibe la espada de Lezo, arrodillado a sus pies. La leyenda reza: *The Spanish Pride Pulled Down By Admiral Vernon*. Sobre la cabeza de Lezo se puede leer: *Don Blass*. Reverso: dos navíos ante la bocana de Cartagena cerrada por una cadena. En la rada se ve una lancha de remos en la que trata de escapar Lezo. Sobre ella se lee *Don Blass*. La leyenda dice: *True British Heroes Took Carthageana *April 1741*.

obligaba a tomar unas medidas defensivas con un coste superior a los pagos a que se había comprometido y afirma que no desembolsará ni un penique mientras se sienta amenazada.

Y es entonces cuando se desempolva el incidente del apresamiento del *Rebecca*, del que nadie se había acordado en siete años, y un patético Robert Jenkins comparece ante el Parlamento portando en un frasco, conservada en alcohol, la oreja supuestamente cercenada, y relata, cargando las tintas, el insulto al monarca británico. La prensa airea el caso y la oposición acorralla al Gobierno del pacifista Walpole, que no tiene más salida que declarar la guerra a España el 23 de octubre de 1739. El conflicto pasará a la historia como «La Guerra de la Oreja de Jenkins».

El servicio de información español había detectado que la intención era estrangular el imperio español en las Indias, lograr unos asentamientos en Tierra Firme, quedarse en ellos y eventualmente apoderarse de nuestras fuentes de riquezas. Previendo la tormenta que se avecinaba, el ministro Patiño había enviado a Cartagena de Indias al almirante don Blas de Lezo, nombrándole jefe del apostadero de aquella plaza con el encargo de preparar nuestros territorios para rechazar un posible ataque.

Blas de Lezo



Don Blas de Lezo. (Museo Naval. Madrid).

Había nacido Lezo en febrero de 1689 en Pasajes de San Pedro, en el seno de una familia hidalga, muy vinculada, como todos los naturales de esa villa guipuzcoana, con las cosas de la mar. En 1701, a la temprana edad de doce años, aprovechando que el «Rey Sol», para fomentar el acercamiento de las dos ramas borbónicas, favorece el intercambio de oficiales entre las dos naciones, sienta plaza en una escuela francesa.

En agosto de 1704, con quince años y aún guardia marina, participa en el combate de Vélez-Málaga. En esta acción, una bala de cañón le destroza la pierna izquierda y



Estandarte de Blas de Lezo.

por su comportamiento en la batalla es ascendido a alférez de navío. Ya teniente de navío, se le confía el mando de una pequeña flotilla con la que consigue socorrer las plazas de Peñíscola y Palermo, asediadas y bloqueadas por la flota anglo-holandesa. En 1710, mandando una fragata armada en corso y operando desde Rochefort, apresa once navíos británicos, entre ellos el *Stanhope*, cuyos 70 cañones doblaban la potencia de fuego de su fragata, al que ataca y obliga a rendirse.

En la defensa de Tolón una esquirla de piedra le revienta el ojo izquierdo, y en 1714, en el asedio a Barcelona, ya capitán de navío y al mando del *Nuestra Señora de Begoña*, recibe un disparo de mosquete que le deja inmovilizado para siempre el brazo derecho.

A principios de 1716 Blas de Lezo, al mando del navío *Lanfranco*, se incorpora a la escuadra de Bartolomé de Urbizu, cuya misión era proteger las costas del mar del Sur, a donde se había trasladado la actividad de corsarios y contrabandistas ante la presión de los guardacostas españoles en el Caribe. Catorce años permanecerá en el Perú, limpiando aquellos mares de enemigos, hundiendo o apresando innumerables corsarios y contrabandistas. Alrededor del almirante *Pata de Palo* se va tejiendo una aureola de invencibilidad y su

fama se extiende entre sus enemigos. En 1726, a la edad de 37 años, Lezo se convierte de hecho en almirante de la escuadra del mar del Sur, categoría y antigüedad que no se le confirmaría hasta 1730.

En 1728, alegando motivos de salud y añoranza de la patria, solicita del ministro Patiño el retiro y el regreso a España. El ministro accede a lo segundo, pero no le concede el retiro, y en marzo de 1730 se presenta a Felipe V en Sevilla. El monarca no sólo le confirma en el empleo de jefe de escuadra, sino que le otorga el mando de la Flota del Mediterráneo con base en Cádiz, y en reconocimiento a sus servicios le concede el uso de una enseña personal, en la que figuran las armas reales con las órdenes del Espíritu Santo y del Toisón de Oro y cuatro anclas en las esquinas.

En 1731 participa en la expedición a Italia para defender los derechos del infante don Carlos, y se le encomienda el delicado encargo de reclamar de Génova el pago de dos millones de pesos de la corona española, retenidos por el Banco de San Jorge. Lezo se presenta con seis navíos y da un plazo de veinticuatro horas, reloj en mano, para que se haga efectiva la deuda y exige como desagravio que se haga un saludo extraordinario a la bandera de España. Seis horas antes de cumplirse el plazo alinea sus navíos frente a la plaza y ordena abrir las portas de los cañones. Recurriendo al comercio local, los genoveses reúnen la cantidad requerida y Lezo sale de Génova en su buque insignia, el *Santiago*, con los caudales, mientras retumban en las baterías de la plaza las salvas de saludo a la bandera de España.

En 1732 y 1733 toma parte en la recuperación de la plaza de Orán y en el levantamiento del posterior bloqueo a que la somete el bey de Argel, desbaratando a la escuadra argelina y asaltando e incendiando a la capitana enemiga, que se había refugiado en la bahía de Mostagan al amparo de las baterías de dos fuertes.

El 6 de junio de 1734 es ascendido a teniente general de la Armada y se le nombra comandante general del Departamento de Cádiz. El rey le llama a la corte, pero allí no se encuentra cómodo y solicita permiso para regresar a su puesto pues, en sus propias palabras, «...tan maltrecho cuerpo no era una buena figura para permanecer entre tanto lujo y que su lugar era la cubierta de un buque de guerra...».

Éste es el hombre al que recurre Patiño cuando de nuevo amenaza tronada en el Caribe. Arriba Lezo a Cartagena de Indias el 11 de marzo de 1737, e inmediatamente pone manos a la obra. Una minuciosa inspección le revela que cuenta con 150 soldados, 600 fusiles en mal estado, 90 cañones, todos con las cureñas podridas, 3.300 libras de pólvora bastante humedecida y 14.000 balas de cañón, todas oxidadas.

Con la eficaz colaboración del gobernador de la plaza, Melchor de Navarrete, Lezo toma una serie de medidas logísticas, acopiando víveres y pertrechos, alejando de la ciudad el ganado para ponerlo fuera del alcance de un posible invasor y reclutando e instruyendo milicias entre los criollos e incluso

entre negros y pardos. Al mismo tiempo estudia las condiciones de la plaza a fin de sacarles el máximo partido. Basándose en la experiencia de anteriores asedios, localiza los puntos débiles de la defensa, refuerza algunos fuertes y abandona otros, que habían demostrado en el pasado su poca utilidad.

En abril de 1740 llega a Cartagena el nuevo virrey, don Sebastián de Eslava. Con él han venido 600 soldados veteranos. Sus relaciones con Lezo serán más tensas de lo que se hubiera deseado pero, aun discrepando de muchas de las órdenes y disposiciones del virrey, Lezo actuará en todo momento con absoluta disciplina.

Primeras operaciones

Ya hemos mencionado que en julio de 1739 el almirante Vernon había zarpado con una potente flota, y sin más ataca La Guaira y envía al comodoro Brown contra La Habana. Ambas operaciones se limitan a un bombardeo y son rechazadas.

Desde La Guaira Vernon se dirige al istmo de Panamá y el 22 de noviembre sorprende a la guarnición de Portobello, compuesta por 35 hombres y la dotación del único guardacostas allí fondeado, y se apodera de la plaza sin apenas resistencia. Pese al exagerado bombo que tanto entonces como incluso en nuestros días se le da, el hecho no revestía importancia alguna. Portobello era el punto de arribada de los galeones de la Flota de Tierra Firme. Allí



Anverso: efigies de Vernon y Brown de cuerpo entero. La leyenda dice: *Admiral Vernon And Commadore Brown*. Reverso: igual a las núm. 1 y 2, con la leyenda: *Who Took Porto Bello With Six Ships Only * Nov 22 1739*. (En noviembre de 1739 el comodoro Brown estaba de regreso en Inglaterra).

descargaban las mercancías, especialmente el azogue para beneficiar el mineral de plata, y cargaban ésta y otras riquezas del virreinato peruano. A la llegada de la flota se organizaba una concurrida feria de compra, venta y trueque y, una vez despachados los galeones, Portobello se convertía en una ciudad fantasma, casi sin más población que la pequeña guarnición.

Se ha escrito, y todavía se mantiene hoy día, que antes de partir Vernon había lanzado la fanfarronada de que tomaría Portobello con sólo seis buques. Yo no me lo creo. Primero, porque cuando parte de Inglaterra no existe un estado de guerra con España. Segundo, porque si conocía Portobello, también sabría que no era un objetivo apetecible, a no ser que coincidiese con la flota de galeones y ésta iba suficientemente protegida; en cualquier otra época Portobello no era más que una cascarón de huevo, sin clara ni yema. Además, cualquier jefe que se preciase aprovecharía al máximo su superioridad de medios para infligir al enemigo el máximo daño con el mínimo de bajas propias. La *boutade* del inglés forma parte de la trama de mentiras y exageraciones que Vernon y su gobierno tejieron para ocultar un estrepitoso fracaso.

Efectivamente, Vernon atacó Portobello con seis navíos: *Burford* (70 cañones), *Hampton Court* (70), *Princess Louise* (60), *Stratford* (60), *Worcester* (60) y *Norwich* (50). En total: 2.735 hombres y 270 bocas de fuego. Una imponente fuerza para lo magro del objetivo.

Vernon abandona la plaza con un ridículo botín de 10.000 pesos. Después de destruir los fuertes de Portobello, y en una operación similar, ataca Chagres, con parecidos resultados. Saciado de soberbia por sus fáciles victorias, envía a Lezo al capitán del guardacostas apresado, Francisco de Aboroa, conminándole a entregar la plaza de Cartagena. La respuesta de Lezo es contundente: «...que me hubiera hallado en Portobello para impedirselo, y aun para buscarle en otra cualquier parte; que el ánimo que faltó a los de Portobello me hubiera sobrado para contener su cobardía...». No queda claro, ni tampoco en la versión inglesa, si a quien Lezo llama cobarde es a Vernon o a la guarnición de la plaza, pero el inglés se debió de dar por aludido, pues escribió al español que la respuesta a sus insultos se la daría con sus cañones, y se volvió a Jamaica, a donde arribó el 18 de diciembre, hinchado como un pavo real.

Las exageradas noticias de Vernon sobre la importancia de la toma de Portobello y Chagres se reciben en Londres con festejos y celebraciones sin cuento. Hay fiestas populares, bailes de corte, se estrena el himno *Rule Britannia*, se quema a Blas de Lezo «en efigie» y dan pie a la acuñación de las medallas objeto de este trabajo.

Animado por la facilidad con que aparentemente Vernon se había apoderado de tan importantes enclaves españoles en el Caribe, el Gobierno británico proyecta en diciembre de 1739 una ambiciosa operación para desalojar a España de la América meridional. Se organiza una fuerza de desembarco, que escoltada por una potente flota de 25 navíos y otras unidades menores al

mando de Sir Chaloner Ogle se uniría en Jamaica a la escuadra de Vernon, y se ordena al gobernador de Virginia, William Gooch, que reclute voluntarios en las colonias norteamericanas.

Vernon, con el refuerzo de Ogle, podrá hacer frente a la flota española que, al mando del almirante Rodrigo de Torres, había zarpado de Ferrol en agosto de 1739, e incluso a la posible aparición en escena de escuadras francesas que se están alistando en Brest y en Tolón. Entramos en 1740, y mientras el reclutamiento en Gran Bretaña es lento y dificultoso, en las colonias Gooch logra formar un regimiento, del que se nombra coronel. Son 3.255 soldados, de ínfima capacidad combativa, con los que se traslada a Jamaica. Entre ellos figura, como capitán de milicias, Lawrence Washington, plantador de Virginia que bautizaría su hacienda con el nombre de «Mount Vernon» en honor del almirante británico. Heredaría la propiedad su hermanastro George, primer presidente de la nación americana, y con este nombre ha continuado hasta nuestros días.

El 13 de marzo, y de nuevo el 3 de mayo, Vernon su acerca a Cartagena con algunos navíos. Sondea algunas playas, bombardea la ciudad y se retira.

En diciembre de 1740 se reúnen en Cartagena el virrey Eslava, Lezo y Navarrete, con Rodrigo de Torres y el francés D'Antin. Se barajan varias alternativas para enfrentarse a Vernon, pero la mayor preocupación de Torres es la Flota de Indias que debe emprender el tornaviaje a España y que precisará de una fuerte escolta. El francés está indeciso. Acaba de llegar al Caribe y sus barcos han sufrido mucho en la travesía, no han podido reparar ni repostar y tienen muchas bajas por enfermedades. Sin haber llegado a ningún acuerdo, D'Antin y Torres parten de Cartagena.

Con la llegada de Ogle a Jamaica a principios de enero, la concentración naval en el Caribe es la mayor que se hubiera producido jamás: más de doscientos buques de línea entre navíos, fragatas y otras unidades menores. Pero en los primeros días de 1741 la escuadra francesa regresa a la metrópoli y Rodrigo Torres se incorpora a la Flota de Indias y emprende el tornaviaje que rendirá felizmente en Santander.

Cartagena se ha quedado sola frente a la amenaza. Eslava, Lezo y Navarrete hacen recuento de fuerzas: seis navíos: *Galicia* (70 cañones), *San Carlos* (66), *África* (60), *San Felipe* (80), *Dragón* (60) y *Conquistador* (64). Y en cuanto a efectivos humanos, el batallón fijo de la plaza cuenta con 503 soldados, y con Eslava han llegado 600 más. Las milicias suman 876 hombres, de dudoso valor combativo, y entre negros libres y mulatos se pueden reunir otros 400 ó 500. En total, 2.500 hombres escasos, que apenas llegarían a 3.000 con las mermadas dotaciones de los barcos. Los caciques pueden aportar hasta 600 indios flecheros.

Sir Edward Vernon

El día 15 de marzo de 1741, al amanecer, el horizonte se puebla de velas. Ante los atónitos ojos de la guarnición de Cartagena van surgiendo, uno tras otro, hasta 186 barcos: desde grandes navíos de tres puentes hasta pequeños transportes, pasando por navíos de menor porte, fragatas, bombardas, avisos...

El inglés ha reunido una impresionante flota: 14 navíos de tres puentes y 80 cañones, otros 28 del porte de 50 cañones, 12 fragatas, dos bombardas y 130 buques de transporte. En total, más de 3.000 bocas de fuego. Las fuerzas de desembarco, al mando del general Wentworth, son 9.000 soldados regulares, 3.200 milicianos de las colonias y 2.000 negros jamaicanos. Con la marinería y los infantes de Marina se presentan ante Cartagena casi 30.000 hombres. Es la mayor fuerza de invasión jamás reunida, que no será superada hasta el desembarco en Normandía en la Segunda Guerra Mundial.

El hombre que se enfrentaba a Blas de Lezo había nacido en Westminster en 1684 e ingresó en la Royal Navy en 1700. Ya de oficial, en 1704, participó a bordo del *Barfleur* en el combate de Vélez-Málaga, en el que Lezo perdió su pierna. Había estado al mando de varios buques de distinto porte y en ellos se reveló como un buen marino. Sirvió en el Mediterráneo, en el Báltico y en el Caribe. Conocido por el apodo de *Old Grog* por la casaca que solía llevar, de un material impermeabilizado llamado *grogam*, fue quien introdujo la costumbre de aguar la ración diaria de ron que recibía la dotación, que de él



Anverso: Vernon de cuerpo entero; detrás de él, un cañón; a su izquierda, un navío, y a su derecha, una fortaleza bajo la cual se lee *Havana*. La leyenda reza: *Ed. Vernon Esq. Viceadmiral of the Blue*. Reverso: igual al anterior.

tomó el nombre de *grog*. Sin embargo, su principal dedicación fue la política; fue miembro del Parlamento en varias ocasiones y durante largos periodos. En esta actividad logró muchos apoyos, pero también se ganó muchos enemigos por su soberbia, ambición y arrogancia sin límites, y pasó largas temporadas en semirretiro a media paga.

Uno de sus mayores enemigos fue el primer ministro Sir Robert Walpole, con quien tuvo agrios enfrentamientos y cuyo puesto, según algunos, ambicionaba; otros lo niegan. Enemigo declarado de España, Vernon acusaba a Walpole de excesiva lenidad en sus relaciones con nuestro país, mientras resumía su propia postura en la frase *No peace with Spain!* Fue quien llevó al Parlamento el caso de la «oreja de Jenkins».

Tras uno de sus largos periodos en el Parlamento, en 1738 solicitó un mando a flote. Ascendido a vicealmirante, se le dio el mando de la flota destinada al Caribe. Hay quien dice que Walpole ratificó el nombramiento con la esperanza de que fracasara...

El ataque

Si no de la magnitud de la fuerza que se le presenta, Lezo era ya consciente de que los británicos preparaban un fuerte ataque; sus fuentes de información le han comunicado la concentración de fuerzas en Jamaica. Ha estudiado los puntos débiles por los que se ha atacado a Cartagena en el pasado, especialmente por el francés De Pointis en 1697. Sabe que los manglares que se extienden a partir de las playas son casi impenetrables; la estación de las lluvias está próxima y sabe de la insalubridad de la vida a bordo en el trópico. Con una gruesa cadena ha cerrado la estrecha entrada a la bahía y ha planeado una defensa de desgaste del enemigo, preparando la evacuación progresiva de los fuertes de la línea de defensa exterior, tras causar el máximo daño al atacante con mínimas pérdidas propias, concentrando poco a poco la defensa en el perímetro amurallado de la propia plaza y en el Castillo de San Felipe de Barajas.

Tras unos fallidos intentos de desembarco, Vernon somete a la plaza durante 16 días a un bombardeo continuo, de día y de noche, disparando un promedio de 64 cañonazos por hora. Los fuertes de la bahía exterior van siendo reducidos a escombros y los cuatro navíos que Lezo ha situado en la bocana para apoyarlos quedan convertidos en coladores. Las pérdidas humanas son mínimas y, cuando los británicos desembarcan, Lezo se niega a una defensa a ultranza de los fuertes, que supondría la pérdida de los 500 hombres que los guarnecen, que harán falta para defender la ciudad. Retira a sus hombres con orden y ordena barrenar los buques. Sabe que el tiempo juega a su favor.

Los ingleses no salen de rositas. Cinco navíos han de retirarse; dos de ellos, desarbolados, tienen que ser remolcados. Las patrullas, conocedoras del

terreno, hostigan a los soldados ingleses, y en las ciénagas y manglares les atacan nubes de mosquitos. En los buques menudean los casos de malaria, escorbuto y vómito negro.

El día 6 de abril Vernon penetra en la bahía exterior y envía a Londres la prematura noticia de la conquista de Cartagena. Detrás de él entran los transportes de tropas. El día 11 Wentworth desembarca con todas sus fuerzas, pero no logra progresar. Vernon se impacienta y le envía apremiantes mensajes, echándole en cara la lentitud del avance. Sabe que el comienzo de la estación de lluvias es inminente.

Tras vencer el último obstáculo, Vernon penetra en la bahía interior y prosigue el bombardeo de la ciudad y del Fuerte de San Felipe. Pero empiezan a escasear las provisiones y el agua, y la desesperación de Vernon va en aumento. Llevan más de un mes de asedio y la defensa no da muestras de debilidad. Uno tras otro envía mensajes cada vez más conminatorios a Wentworth, quien solicita refuerzos. La respuesta de Vernon es tajante: con los 5.000 hombres de que dispone tiene más que suficiente. No obstante, le envía un refuerzo de 1.200 americanos al mando del coronel Gooch.

En la noche del 20 al 21 de abril Wentworth lanza un ataque contra San Felipe desde tres direcciones. Los atacantes caen a centenares. Se retiran y una carga desde el fuerte convierte la retirada en una desbandada, dejando atrás un reguero de muertos y heridos. Las pérdidas que mencionan distintos autores van desde 800 a 2.000 muertos y 1.500 heridos. La moral de las tropas está por los suelos. Los barcos están convertidos en hospitales y diariamente se lanzan al mar entre 30 y 40 cadáveres.

El 25 de abril Vernon reúne en el buque insignia un consejo, al que asiste Wentworth. Tras una prolongada discusión el almirante, muy contrariado, proclama que «...en vista de la mortandad que las enfermedades están causando entre sus hombres, los intereses de la corona británica aconsejan retirarse...».

El día 28 se dirige por carta a «Don Sebastián Erlava [*sic*], Virrey de Santa Fé», proponiendo un intercambio de prisioneros. Hay un cruce de correspondencia en el que, sin faltar a la cortesía, Vernon da muestras de su mal carácter y de su contrariedad por el fracaso y larga algún que otro exabrupto fuera de tono.

Y empieza el desfile de buques rumbo a Jamaica, hasta que el día 20 de mayo la última vela se pierde en el horizonte. Dicen que Vernon exclamó, vuelto hacia tierra con el puño crispado: «Goddamn you, Lezo!». Sabía perfectamente quién le había vencido.

Es difícil evaluar las pérdidas inglesas, porque Vernon se ocupó de ocultarlas. Pero la verdad se ha ido abriendo paso en memorias y diarios. De los 3.255 americanos de William Gooch, regresaron 428. John Pembroke, hacendado jamaicano que participó como oficial, escribiría años después que «...nuestras pérdidas se elevaron a 18.000 hombres, de los que la magnífica defensa del almirante Pata Coja nos mató 9.000 y el General

Fiebres el resto (...) las pérdidas de los españoles fueron 200 hombres...». Tobias Smollett, médico, relata el espectáculo de la bahía cubierta de cadáveres, pasto de los tiburones, porque ya ni se les lastraba para que se fuesen al fondo. Otros autores británicos mencionan entre 8.000 y 10.000 muertos y 7.500 heridos.

En cuanto a buques, Vernon tuvo que destruir cinco navíos de tres puentes, maltrechos y faltos de gente para la maniobra y otro más fue abandonado en el viaje de regreso a Port Royal. Algunos autores cifran las pérdidas en seis navíos de tres puentes, 13 de dos puentes, cuatro fragatas y 50 transportes.

En julio, buscando algún éxito que ofrecer a Londres, Vernon intentó apoderarse de Cuba desembarcando en la bahía de Guantánamo, pero tras dos meses sin avanzar un palmo tuvo que retirarse. Volvió a Portobello, que encontró tan vacío como él mismo lo había dejado. Atacó La Guaira y Puerto Cabello y de nuevo fue rechazado. Entretanto sigue su enfrentamiento con Wentworth, hasta que ambos son llamados a Inglaterra para dar cuentas de la desastrosa campaña. Tras su derrota en Cartagena, Vernon logró mantener todavía durante algún tiempo su estatus, ocultando la realidad de lo sucedido. Pero su arrogancia y mal carácter le llevaron a publicar unos libelos con acerbias críticas de sus superiores, y en 1746 recibió una carta del primer lord del Almirantazgo comunicándole la decisión del monarca de borrarle del escalafón (...to strike your name out of the List of Flag Officers...). Murió en 1757 y su sobrino y heredero lord Orwell le erigió un túmulo en Westminster Abbey en el que las únicas glorias que se citan son la toma de Portobello y Chagres y en el que figura la ambigua frase de que ...in the war with Spain of 1739 (...) at Carthagen a conquered as far as naval forces could carry victory...

Su oponente, Lezo, vencedor en todos y cada uno de los veintitrés combates en los que tomó parte, que rehuyó la pompa y los honores buscando siempre y únicamente la mayor gloria de su patria, recibió un trato muy diferente. Eslava envió al monarca un informe en que se atribuía todo el éxito de la defensa y denostaba a Lezo. En noviembre de 1741 llegó a Cartagena un decreto firmado por Felipe V destituyendo a Lezo y ordenando su inmediato regreso a España. Don Blas no llegó a conocerlo; había muerto el 7 de septiembre. Al día de hoy todavía se ignora el lugar donde fue enterrado.

Fueron autores ingleses los primeros que reivindicaron a don Blas de Lezo, adjudicándole todo el mérito de la defensa de Cartagena. Vernon sabía perfectamente quién era Lezo; quería derrotarle y humillarle y a él dirige sus mensajes antes del ataque a la ciudad. Solamente escribe a Eslava cuando tiene que reconocer su fracaso; no quiere aceptar que ha sido derrotado por Lezo.

Para España, la defensa de Cartagena supuso la salvación de su imperio y el que durante los siguientes sesenta años el Caribe siguiera siendo un lago español. Cuentan de un cartagenero que preguntado por la estatua de Lezo al pie del Castillo de San Felipe respondió: «Ése es el responsable de que aquí no hablemos en inglés».

Las medallas

Una vez expuestas las circunstancias que provocaron su emisión, pasemos a comentar las medallas, objeto principal de este trabajo. ¿Podemos imaginarnos lo que pensaría el mundo si España hubiera acuñado medallas conmemorativas del triunfo de la Armada Invencible o de nuestra victoria en Trafalgar?

Y no se acuñaron una ni dos. Se han clasificado hasta 338 diferentes y hay miles de ellas en el mercado, en museos o en colecciones particulares.

Que Lezo era conocido y temido en Gran Bretaña y que era el enemigo a batir, de cuyos lauros pretendía apropiarse Vernon, queda evidenciado por estas medallas. No está claro quién encargó la acuñación. El que hizo los troques fue un fabricante de juguetes de nombre Pinchbeck. La mayoría es de bronce o de cobre, pero en el mercado hay algunas de plata.

Apenas tomado Portobello, Vernon envió la noticia a Inglaterra, y apenas iniciado el asedio a Cartagena comunicó a Londres su captura e incluso desde Guantánamo comunicó la toma de La Habana y la ocupación de toda la isla de Cuba. En nuestro refranero eso se llamaría «vender la piel del oso antes de cazarlo».

John Adams analiza los catorce mejores trabajos sobre las medallas de Vernon, publicados entre 1836 y 1966: cuatro en Estados Unidos, cuatro en Gran Bretaña, tres en Argentina, uno en Chile, uno en Bélgica y uno en España. Uno de los americanos afirma que de un estudio minucioso de las medallas *parece* deducirse que el vencedor fue Lezo y el derrotado Vernon. Y otro, británico, reconoce que en las medallas hay errores, porque, por ejemplo, «...Vernon no pudo recibir la espada de manos de Lezo, porque éste había logrado escapar...». Así se escribe la historia.

Se ha dicho que Vernon había hecho acuñar estas medallas antes de partir de Gran Bretaña. Pero entonces no sabía la fecha en que atacaría Cartagena ni que la bocana iba a estar cerrada por una cadena, lo que evidencia que la acuñación fue realizada con posterioridad para ocultar a la opinión pública su derrota y humillación.

En Londres, Edimburgo y Dublín se bautizaron calles con el nombre de Portobello. En la de Londres subsiste todavía hoy día un floreciente mercado de tiendas de antigüedades, la mitad de cuyos rótulos hacen alguna mención al nombre de Vernon. Expuestos los hechos, creo que huelgan más comentarios.